

Romanos 8:28-30

Romanos 8:28-30

Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito.²⁹ Sabemos que a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo; a fin de que él sea el primogénito entre muchos hermanos.³⁰ Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

Sucede con demasiada frecuencia que nos vienen problemas, dolores, sufrimientos y otras experiencias de nuestras vidas y que nuestra mente se pone rebelde y quiere sacar la conclusión de que Dios nos ha olvidado, que está airado con nosotros, que lo que tiene en mente parece ser destruirnos y no salvarnos y glorificarnos. Dime si no es cierto que hemos dicho también que Dios no nos ama. Que estos problemas que estamos sufriendo no pueden suceder con uno que realmente es un hijo de Dios.

Hermanos, estos pensamientos son tentaciones del enemigo, que constantemente quiere llevarnos a la falsa creencia, la desesperación, y otros grandes vicios y vergüenzas. Seguramente estos pensamientos son graves pecados, porque son lo opuesto de temer, amar y confiar en Dios sobre todas las cosas, como exige el primer mandamiento. En nosotros, merecemos ser condenados. Pero este texto nos recuerda otra vez que el propósito de Dios no es nuestra condenación sino nuestra salvación. Nos recuerda otra vez para alentarnos que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que ha de ser revelado en nosotros, como Pablo ya ha dicho a los romanos en este mismo capítulo.

En este texto, Pablo expande sobre este pensamiento, para que en medio de las muchas pruebas y tribulaciones que nos sucedan en esta vida no perdamos la fe y la esperanza. Dirige nuestra atención a lo que Dios ya ha hecho para darnos la seguridad de que seguramente hará lo poco que falta para llevarnos a la meta que él mismo ha establecido para nosotros. Meditemos esta mañana en el tema:

Saquen consuelo del plan eterno de Dios

Saquen consuelo. Las cosas que Dios revela en este texto no son reveladas para ser un rompecabezas intelectual, no para que ejerzamos nuestra razón para tratar de penetrar en los misterios de Dios. Lo que Dios revela aquí acerca de su plan eterno lo hace para que seamos consolados en medio de las pruebas y tentaciones aquí, para que saquemos fuerza para seguir adelante hacia la meta que es fijada en ese plan. En este texto se nos recuerda que

Dios nos conoció y predestinó ya en la eternidad.

Nos conoció antes.

Este antes es, según otros pasajes de la Escritura, “antes de la creación del mundo”. Ya en la eternidad, Dios formó un plan para salvar la humanidad. Es un plan que trata de la actividad salvadora de su Hijo. Es un plan que contemplaba una gran asamblea que estaría continuamente en comunión con él por toda la eternidad, alabándolo y adorándolo.

Este conocer es individual.

Dios no solamente vio que habría un gran grupo de creyentes que sería salvo. Vio a cada individuo que formaría parte de ese grupo. No somos solamente un número, una cifra impersonal, o parte de una masa informe. Podemos ver esto en el caso del profeta Jeremías, de quien Dios dijo: “Antes que yo te formase en el vientre, te conocí; y antes que salieses de la matriz, te consagré y te di por profeta a las naciones” Jer. 1:5.

Lo que dice acerca de Jeremías y de su actividad profética, la Escritura declara de la fe y la salvación personal de cada persona que llegará al cielo. “El sólido fundamento de Dios queda firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos” 2 Tim. 2:19.

Este conocer es una acción de su amor.

A veces esto es interpretado como una acción arbitraria y sin motivo de parte de Dios. Pero hay un gran motivo en Dios. Este conocer es una acción de su amor. Lo que dijo Dios de su antiguo pueblo de Israel es el caso también con cada uno de los que forman el nuevo Israel de Dios, la congregación de los que confían en Jesucristo para su salvación. “Jehovah me ha aparecido desde hace mucho tiempo, diciendo: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te he prolongado mi misericordia” Jer. 31:3.

Formó un plan eterno

Así, conforme a su amor, Dios formó un plan eterno.

Nos predestinó.

Esta palabra mira adelante al gran propósito final de Dios, nuestra salvación en la gloria eterna. Determinó de antemano conducirnos a la salvación eterna en la gloria donde estaremos para siempre en la presencia de su Hijo glorioso. La predestinación no es solamente un decreto impersonal y arbitrario, sino un propósito de salvación que infaliblemente llevará a cabo. Esto se ve cuando Pablo nos dice el propósito de la predestinación. Es

Para hacernos conformes a la imagen de su Hijo.

Esto es lo que Pablo declara también a los efesios. Al ensalzar la gracia de Dios que ha conducido a nuestra salvación dice: “Asimismo, nos escogió en él desde antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó por medio de Jesucristo para adopción como hijos suyos, según el beneplácito de su voluntad, para la

alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio gratuitamente en el Amado”
Efe. 1:4-6.

Para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

Si dependiera de nosotros y nuestra constancia, ninguno de nosotros podríamos quedar firmes y entrar en la gloria. Pero Dios quiere que formemos parte de una gran multitud de personas que habitan en la gloria con su Hijo. “Él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo él sea preeminente” Col. 1:18.

Así, Dios te ha visto ya en la eternidad, y te ha amado. Ha determinado tu salvación con un plan eterno. No permitirá que este plan sea frustrado. Cuando permite que cosas que no entendamos o que parecen contrario al amor de Dios entren en nuestras vidas, estas cosas no pueden negar o frustrar el plan amoroso de Dios. ¿Queremos evidencia? No se quedó allí, sino que ha tomado todos los pasos necesarios para poner en operación su plan.

Conforme a su plan, nos llamó y justificó.

Para llevar a cabo su plan eterno, en el tiempo nos llamó.

Esto sucede mediante la predicación del Evangelio y la administración de los sacramentos.

Con Lutero en el Catecismo confesamos que “El Espíritu Santo nos ha llamado mediante el evangelio, iluminado con sus dones”. Esto sucede cuando se nos predica el evangelio, que proclama a los pecadores perdidos y condenados que Cristo ya les ha redimido de sus pecados, ha perdonado su iniquidad, ha borrado su culpa y eliminado su castigo mediante su muerte en la cruz. Este anuncio de la redención que hay en la sangre de Jesucristo es más que solamente una invitación, aunque es cierto que muchos que oyen el mensaje no creen y así son condenados, porque el que no cree es condenado.

Este llamamiento es el llamamiento efectivo interno que produce la fe.

Pero cuando Pablo habla de los llamados siempre habla de los que son convertidos por el llamamiento, que son llevados a la fe en Jesucristo. Está hablando de los en quienes ha hecho su trabajo el evangelio que es “el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”.

Todo el que es llevado a la fe, también personalmente es justificado.

Es a los creyentes que han sido llamados así, y llevados a la fe en Jesucristo que Pablo escribe estas palabras de consuelo: “Entre las cuales estáis también vosotros, los llamados de Jesucristo” Rom. 1:6. A ellos les dice:

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” Rom. 5:1.

Así que Dios no sólo formó en plan en la eternidad para salvarnos por medio de Jesucristo, no sólo nos predestinó a la salvación, sino en el tiempo envió a su Hijo Jesucristo para que en su amor nos redimiese de todos nuestros pecados. También arregló las circunstancias para que por medio de nuestros padres, o algún amigo, o algún pastor o misionero oyéramos las buenas noticias de nuestra salvación. Y al oír, envió al Espíritu Santo a nuestros corazones para que creyéramos y así fuéramos salvos, porque el que cree en el Hijo tiene la vida eterna. Al creer hemos apropiado la justicia de la perfecta vida de nuestro Sustituto, Jesucristo, y el pago por nuestra culpa que era su muerte. Y así Dios nos ha declarado justos y aceptables delante de él por la fe en Jesucristo. ¿Qué más podría faltar, cuando Dios ya ha hecho tan grandes cosas por nosotros? Solamente una cosa, nuestra glorificación, y esa cosa también seguramente Dios la hará.

Ninguna prueba de este tiempo podrá frustrar este plan.

Conforme a su propósito es seguro también que nos glorificará.

Realmente, cuando el texto habla de la glorificación, usa el tiempo pasado, al igual como cuando habló de conocer de antemano, de predestinar, de llamar, de justificar. Así como dijo conoció, predestinó, llamó, justificó, también dice “glorificó.” Lo hace porque es tan seguro de cumplirse como las otras cosas que ya se han mencionado y ya han sido llevados a cabo. ¿O debemos pensar que Dios haría todo eso, si su propósito final no fuera nuestra salvación? Es cierto, hay los que han creído y que han perdido su fe, y así su salvación, de modo que la Escritura también dice que el que piensa estar firme debe cuidarse para que no se caiga. Pero eso está escrita en otra página de la Biblia para otras circunstancias. Esto está escrito aquí para consolar y fortalecer y preservar a los creyentes que están sufriendo ahora, que están en pruebas ahora, que se sienten debilitándose y se preguntan si podrán perseverar en la fe en medio de tantas pruebas. A ellos, Pablo consuela con este pasaje. Y lo hace también en otras partes de la Escritura.

Así se llevará a cabo el propósito de nuestra predestinación

A los colosenses les asegura que ellos tendrán un fin glorioso. “Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria” Col. 3:4. Este es nuestro destino. Este es el propósito de Dios.

En todas nuestras circunstancias, Dios actúa en conformidad con este propósito.

Es por eso que podemos estar tan seguros de que todas las cosas en esta vida tienen que ayudarnos para bien. No niegan el amor de Dios hacia nosotros. Dios no está vacilando en su propósito. No ponen en duda nuestra salvación. Todo lo que ha hecho hasta ahora debe convencernos de que también llevará a buen fin su propósito, y que todo tiene que contribuir hacia ese fin. Así declara Pablo a los filipenses, en un momento en que él mismo estaba encarcelado por su fe, y sabía que la persecución llegaría también a ellos

pronto o tarde: “Estando convencido de esto: que el que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús” Fil. 1:6.

De hecho, les escribe también a los filipenses una maravillosa descripción de su destino futuro. “Él transformará nuestro cuerpo de humillación para que tenga la misma forma de su cuerpo de gloria, según la operación de su poder, para sujetar también a sí mismo todas las cosas” Fil. 3:21.

Así podemos afirmar con toda seguridad que todas las cosas nos ayudan para bien.

Lejos de ser los sufrimientos del tiempo presente una negación de la gloria futura, son una de las maneras en que Dios, conforme a su propósito, nos está conformando a la imagen de su Hijo. Cristo también sufrió, antes de entrar en su gloria. Y para nuestro bien, para probar y purificarnos, para podarnos para que seamos ramas fructíferas en la vid, puede ser necesario que nosotros también padezcamos en esta vida. Sólo en el horno de la aflicción realmente aprendemos lo que es tener a un Dios a quien recurrir, un Dios que nos ha amado y prometido su salvación, un Dios que nos ha adoptado como sus mismos hijos, y precisamente por su amor a nosotros como hijos también nos disciplina para que no perezcamos finalmente. Así Pablo ha escrito a los romanos en este mismo capítulo: “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” Rom. 8:16-17.

Queda cierto, luego, también lo que escribió a los corintios acerca de la gloria venidera. “Más bien, como está escrito: *Cosas que ojo no vio ni oído oyó*, que ni han surgido en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” 1 Cor. 2:9.

Sería difícil encontrar mejores palabras de aliento para concluir este sermón que las palabras con las cuales San Judas terminó su carta. Expresan la misma confianza en medio de sufrimientos y tribulaciones que Pablo presenta en nuestro texto. ¡Qué nuestros corazones y mentes también se unan a esta gran doxología para decir: “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y para presentaros irrepreensibles delante de su gloria con grande alegría; al único Dios, nuestro Salvador por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, la majestad, el dominio y la autoridad desde antes de todos los siglos, ahora y por todos los siglos! Amén. Judas 24-25.